

## Prólogo

Eliseo Verón

### La mediatización, ayer y hoy

En las discusiones sobre la etapa actual de la mediatización, quienes se preocupan por no perder de vista su dimensión antropológica —entre los que me incluyo, en compañía por suerte de alguno que otro autor ilustre— consideran indispensable tener presentes las constantes que reaparecen, una y otra vez, a lo largo de la historia, (lo que llamo aquí la “dimensión antropológica”) para poder, sobre ese fondo, identificar correctamente las variables emergentes. Los invariantes remiten a la mediatización misma, como una de las dimensiones fundamentales del proceso de especiación del *sapiens*. Lo emergente resulta, cada vez, del surgimiento de un nuevo dispositivo técnico —desde el momento inaugural de la talla de instrumentos de piedra hasta Internet— que genera un fenómeno mediático inédito, el cual modifica y complejiza la manera en que se exteriorizan, materializan los procesos cognitivos de la especie. Aprovechemos, dicho sea de paso, para frenar algunas fantasías: esas transformaciones sucesivas amplían los campos y las modalidades de aplicación de la capacidad cognitiva del hombre, pero el núcleo básico de dicha capacidad, que remite a la estructura anatómica y química del cerebro, forma parte de los invariantes y no se modifica, puesto que si se hubiese producido alguna mutación del *sapiens* desde el momento de su especiación, nos habríamos enterado.

La aparición de la escritura, hace unos ocho milenios, marcó el comienzo de una creciente diferenciación entre los sistemas psíquicos y los sistemas sociales y desde entonces en adelante la interpenetración entre ambos tipos de sistemas se ha vuelto cada vez más intrincada en cada nueva etapa de la mediatización.<sup>1</sup> El proceso de creciente individualización de los actores sociales, ampliamente discutido como el "individualismo moderno", dinamizado en su origen por la invención de la imprenta y la consiguiente macro-circulación de la textualidad, fue produciendo, en los siglos subsiguientes, innumerables efectos directos e indirectos, articulándose después, de manera extremadamente compleja, a la primera y a la segunda revoluciones industriales. Entre esos efectos —entrelazados con múltiples factores económicos y políticos, porque se trata de procesos sistémicos con numerosos *feedbacks*— se cuenta la emergencia de las ciencias sociales a fines del siglo XIX. En ese contexto, nos encontramos con lo que tal vez pueda ser considerado una de las tantas paradojas de la historia: exactamente en el mismo período en el que se produce una extraordinaria aceleración del proceso de mediatización (entre fines del siglo XIX hasta un poco más allá de mediados del XX), las nuevas disciplinas científicas sobre el hombre en sociedad se estabilizan alrededor de teorías que ignoran por completo lo que está ocurriendo y que carecen de todo instrumento conceptual para comprenderlo: la economía consagra al *homo economicus*, practicante solitario del *Rational Choice*; la sociología crece sustentada en el modelo de la acción social orientada; la psicología (incluido el psicoanálisis) se estabiliza encapsulada en la subjetividad; el *homo politicus* o bien no aparece como muy diferente del *economicus* o bien se lo enriquece echando mano de la psicología (lo que los propios economistas han hecho más tarde); la antropología se obsesiona con un concepto tan genérico de "cultura", que se puede aplicar tanto a las representaciones mentales de los lamul de Nueva Guinea como a las de los *hippies* de la década de 1960 en California o a las de los metrosexuales de principios de la década del 2000; la lingüística no consigue desprenderse del sujeto hablante, despreciando la escritura como

<sup>1</sup> Sobre los conceptos de sistema social, sistema psíquico e interpenetración, véase Niklas Luhmann, *The Social System*, Stanford, Stanford University Press, 1995, caps. 5, 6 y 7.

codificación secundaria, apenas complemento de la palabra. Este panorama es apenas el de las tendencias dominantes durante buena parte del siglo XX, y deja obviamente de lado numerosas excepciones, que son casos específicos de autores y trabajos muy importantes, que sin embargo no consiguieron afectar, como se suele decir, las "tendencias globales". Cabría agregar que la famosa polémica entre el holismo y el individualismo metodológico no hizo más que desarticular los componentes del problema, anulándolo. La proliferación de estos modelos de un actor social que manifiestamente debe habitar alguna extraña galaxia donde se desconocen los dispositivos de la comunicación, tiene algo de alucinante. Sea como fuere, la situación parece estar cambiando en los últimos años, y no es imposible que ese cambio se deba en parte a una suerte de "black" que parece haber producido la explosión de Internet —en la sociedad, en general, y en el mundo académico, en particular. ¿Y si finalmente los dispositivos técnicos de la comunicación tuvieran algo que ver con el devenir de la historia humana?

Me apresuro a agregar que lo que antecede no es un discurso con fines terapéuticos, destinado a calmar la ansiedad de los investigadores y académicos que, en distintos países del mundo, están preocupados desde hace tiempo por los fenómenos de la mediatización (como es mi caso y el de todos los que han participado en el presente libro). Estoy, sí, anticipando la reacción que consistiría en justificar una anterior ignorancia del papel crucial de los dispositivos técnicos de comunicación en la evolución de las sociedades humanas, aduciendo la novedad de la cuestión, el carácter reciente (respecto del tiempo largo de la historia) del fenómeno; argumentando, por decirlo de alguna manera, que se trata de un fenómeno de la modernidad tardía. No; la mediatización, de nuevo no tiene nada: es un proceso que lleva ya (aquí las estimaciones pueden diferir) entre un millón y medio y dos millones de años. Sistema auto-organizante como todos los fenómenos de la vida, acrecienta su propia velocidad de cambio a lo largo del tiempo.

¿Qué ha traído de nuevo, entonces, el surgimiento y la fulgurante expansión de Internet, más allá de un ritmo de cambio desconocido hasta el momento? Antes de intentar una respuesta (ob-

viamente provisoria) a semejante pregunta, necesitamos un mínimo acuerdo sobre el concepto de "red". Conviene distinguir el concepto de sus materializaciones. Desde el punto de vista de la historia de las ideas, el concepto de red remonta a los orígenes del pensamiento geométrico. Y creo que habrá acuerdo en que su materialización más importante es el propio cerebro, que estructuralmente hablando es una red neuronal. En la historia natural ha habido innumerables materializaciones reticulares, las más recientes debidas al trabajo de los ingenieros en telecomunicaciones, aunque los biólogos se han interesado desde hace mucho en las propiedades mecánicas de lo que usualmente llamamos las telarañas. Sin olvidar la importancia de las redes en las rutinas milenarias de los pescadores.

En lo que hace a Internet como dispositivo, su especificidad está expresada entonces, no en la última doble V (*Web*) sino en las dos primeras (*World Wide*). O sea que el emergente es el alcance, el campo de aplicación, y no el concepto. Si nos focalizamos en la red como configuración de trayectorias, llegamos a la inescapable noción de "hiper-texto", que me parece idéntica al concepto de inter-textualidad propuesto por la semiología unas dos décadas antes de Internet. Desde mi punto de vista, la hiper-textualidad es un invariante de la dinámica histórica de los textos desde el surgimiento de la escritura. En el caso de Internet, los emergentes decisivos son entonces el alcance y la velocidad, resultados de la automatización, aunque no excluyo en modo alguno la idea marxista según la cual una acumulación de diferencias cuantitativas pueda culminar en un salto cualitativo. Ahora bien, dada la magnitud de esa acumulación cuantitativa y la consiguiente complejidad, inmediatamente se vuelve crucial el tema de la *inteligencia de las trayectorias*. En este sentido, el líder indiscutido hasta el momento sigue siendo Google.<sup>7</sup>

<sup>7</sup> En un reciente artículo de la *New York Review of Books*, James Gleick presenta y discute cuatro nuevos libros sobre la corporación Google y su historia: Steven Levy, *In the Plex: How Google Thinks, Works and Shapes our Lives*; Douglas Edwards, *I'm Feeling Lucky: The Confessions of Google Employee Number 59*; Siva Vaidyanathan, *The Globalization of Everything (and Why We Should Worry)*; y Scott Cleland e Ira Brodsky, *Search and Destroy: Why You Can't Trust Google Inc.*

Aunque se pueda decir que Internet es un sistema experto a escala planetaria, no creo que tenga interés (al menos hasta nuevo aviso) la metáfora neuronal: las características operatorias de la Red están todavía muy lejos de parecerse en algo al funcionamiento cerebral. Como se sabe, sobre estos temas la polémica es enorme y estamos todavía muy lejos de ver el fin de las disputas sobre la inteligencia artificial. Personalmente, me inclino a coincidir con el punto de vista de sociólogos como Harry Collins, que piensan que la lógica lineal de los sistemas expertos es aplicable a ciertos tipos de comportamientos humanos y no a otros<sup>8</sup> y también (aunque en este caso sin la más mínima capacidad para evaluar técnicamente la cuestión) con neurobiólogos como Edelman que explican, de una manera que me parece convincente, cómo y por qué el funcionamiento cerebral es cualitativamente distinto del funcionamiento de una computadora.<sup>9</sup> Ahora bien, más allá de la disputa acerca del eventual isomorfismo entre redes computacionales y redes neuronales, lo interesante hoy es obviamente el hecho de los millones de cerebros (biológicos) que se conectan a Internet, sin olvidar que esa conectividad está fatalmente constituida y limitada por las diferencias cualitativas (insoslayables, me parece, hasta el momento por lo menos) entre la Red y el cerebro.

En cuanto a las tres dimensiones de la semiosis, ellas estaban ya integradas al proceso de la mediatización antes del surgimiento de la Red. El protocolo Internet ha simplemente permitido introducir los resultados discursivos de las operaciones cognitivas de la primeridad, la secundariedad y la terceridad en el ciberespacio. Esto no nos dice nada, por supuesto, acerca de las eventuales transformaciones que el dispositivo Internet pueda inducir en las prácticas de los más diversos sectores de la actividad social materializadas en esas tres dimensiones: enorme campo de investigación que apenas comienza a explorarse y que es en el que se aventuran los trabajos reunidos en este libro.

<sup>8</sup> Harry Collins, "Les capacités des ordinateurs et leurs limites", Paris, *Réseaux*, n° 100, 2000 y Harry Collins y Martin Kusch, *The Shape of Actions. What Humans and Machines can do*, Cambridge, The MIT Press, 1998.

<sup>9</sup> Gerald M. Edelman, *Neural Darwinism. The Theory of Neuronal Group Selection*, N.Y.: Basic Books, 1987 y *Second Nature. Brain Science and Human Knowledge*, New Haven, Yale University Press, 2007.